

Una vez que eres maestro, siempre...

Mi madre fue maestra la mayor parte de su vida. Cuando no estaba en el aula, estaba educando a sus hijos o nietos: corregía nuestra gramática; nos iniciaba en colecciones de mariposas, flores o rocas; o iniciaba una discusión sobre el último tema de su Club del Libro del Mes. Hacía divertido el aprendizaje.

Fue muy triste para mis tres hermanos y para mí ver la enfermedad en sus últimos años. A los ochenta y cinco años sufrió un derrame cerebral que paralizó por completo el lado derecho de su cuerpo, después de eso comenzó a deteriorarse sin cesar.

Dos días antes de su fallecimiento, mis hermanos y yo fuimos a verla a la residencia de ancianos y la llevamos a dar un pequeño paseo en silla de ruedas. Mientras esperábamos que el personal de la residencia colocara su cuerpo blando nuevamente en la cama, mamá se quedó dormida. Para no despertarla, nos colocamos en la parte más alejada de la habitación y hablamos suavemente.

Minutos después nuestra conversación fue interrumpida por un sonido apagado que procedía del otro lado de la habitación. Paramos de hablar y miramos a mamá. Sus ojos estaban cerrados, pero claramente estaba intentando comunicarse con nosotros. Fuimos a su lado.

-Dddd- dijo débilmente.

-¿Dónde? -pregunté-. Mamá, ¿quieres algo?

-Dddd -repitió un poco más fuerte.

Mis hermanos y yo nos miramos unos a otros y meneamos la cabeza con tristeza.

Mi madre abrió los ojos, suspiró y con toda la energía que pudo reunir, dijo:

-No digas era. ¡Di fuera!

De repente se nos ocurrió que mamá estaba corrigiendo la última oración de mi hermano Jim:

-Si era por mí...

Jim se inclinó y la besó en la mejilla.

-Gracias, mamá -susurró.

Nos miramos sonrientes y otra vez meneamos nuestras cabezas, pero esta vez con un profundo respeto por una admirable maestra.

Kay Conner Pliszka